

espectáculo, sin que saliese de su boca ni una queja, ni una palabra de reproche». El de aspecto más repugnante era Hanriot, que por haberse refugiado en una cloaca iba cubierto de lodo, la cara manchada de sangre, colgándole el ojo sobre la mejilla y sin más prenda de vestir que una camisa. A Couthon y Agustín Robespierre, tendidos en el fondo del vehículo, á los pies de sus compañeros, apenas se les veía. «El conjunto semejaba, dice Bealieu, una cuadrilla de ladrones á quienes la Guardia civil hubiese sorprendido en el bosque y herido en el acto de prenderlos». Cuando la carreta que llevaba á Maximiliano llegó delante de la casa en que éste había vivido y en la que tenía todás sus afecciones, la casa Duplay, calle Saint-Honoré, el populacho la paró y se puso á bailar y cantar alrededor de ella. Un muchacho tomó sangre en un matadero inmediato y la arrojó á la portada, dando á entender que aquella era la casa de la que había salido el Terror. Más adelante, en la calle Real, una mujer á quien Robespierre había arrebatado sus hijos y sus hijas, se arroja sobre la carreta, y agarrándose á la vara con una mano y con la otra amenazando á Robespierre, le grita: «Monstruo, monstruo vomitado por los infiernos, tu suplicio me embriaga de alegría. Sólo lamento que no tengas mil vidas, para gozar del placer de vértelas arrancar todas, una tras otra. Véte, malvado, á los infiernos, con las maldiciones de todas las esposas y de todas las madres». No cesaron un punto de todo el tránsito los silbidos y gritos de aquella muchedumbre furiosa y delirante. «Cada cual reconocía en aquellos enemigos de la patria á su particular enemigo; cada cual creía recobrar, con el suplicio de aquellos asesinos, lo que se le había arrebatado de más querido». Llegó, por fin, el cortejo al pie del cadalso. Saint-Just subió á la plataforma tan altivo como Fleurus. A continuación, subió Robespierre con paso firme. Antes de ajustarle á la plancha, el criado del verdugo le arrancó de un tirón la venda que sostenía su mandíbula rota, causándole dolor tan grande que resonó en toda la plaza el horroroso grito que dió, él, que no había exhalado un solo quejido desde que fuera preso. Cuando el verdugo levantó su cabeza y la enseñó al público, un estruendoso aplauso, tres veces repetido, saludó la muerte de aquel ante el que la víspera se inclinaba temblando todo el mundo. Al día siguiente, veintinueve de Julio, fué guillotinado en masa el Consejo general de la Municipalidad, setenta personas, entre ellas muchas inofensivas, que habían acudido á la convocatoria de las autoridades municipales sin saber de lo que se trataba, y que no habían osado rehusar sus nombres ni habían podido retirarse.

Se ha dicho, y es verdad, que con la muerte de Robespierre se produce en la Revolución un vacío inmenso; ciérrase una gran fase de la historia, la fase de aquellos cinco prodigiosos años que, como él mismo decía, valían por siglos, durante los que se habían sucedido varias generaciones de tribunos, de grandes jefes revolucionarios, á todos los cuales había sobrevivido Maximiliano, firme, inmutable como una roca, habiendo parecido á la primera hora y no cayendo hasta la última. Compréndese que muchos patriotas

le identificaran con la Revolución y creyeran á ésta derribada con él. Virtuoso por instinto, lo que perdió á Robespierre no fueron los vicios ni las vulgares tentaciones, sino la presunción y la soberbia. Representante absoluto de la unidad é indivisibilidad de la República, se sirvió hábilmente de este principio para empuñar la dictadura que su ambición, disfrazada con la máscara de la austera virtud, persiguió constantemente con un cálculo basado en el egoísmo y la crueldad. Ya hemos visto que su ideal de justicia fué el terror. Poniendo por delante el interés del pueblo, la salvación de la patria, justificó los medios por el fin, y así, en nombre de la patria y de la fraternidad envió al cadalso á los representantes más ilustres de la Revolución y á millares de inocentes víctimas, y juntado á la tiranía el insulto, predicó que Francia no podría ser salvada más que por el terror. Con razón la conciencia pública ha personificado en el nombre de Robespierre todas las tiranías y todas las crueldades, y la historia debe rechazar, como un atentado á la ley moral y social, los tristes esfuerzos que el espíritu de sistema ó de partido ha hecho recientemente para rehabilitarle. La desgracia de la Revolución fué Robespierre. Sin éste, ni los girondinos ni los dantonistas habrían ido al cadalso, y es probable que, unidos ambos partidos, hubiesen logrado fundar una república constitucional, semejante á la monarquía inglesa, con lo que se habría cerrado el camino á la restauración, ó por lo menos, habría sido ésta templada y casi insensible. ¡Qué de víctimas y de lágrimas no se hubiesen economizado entonces Francia y Europa! Notabilísimo ejemplo de la poderosa influencia que ejercen las individualidades en el curso de los sucesos y en el sentido de los pueblos. Mas no debemos olvidar que este hombre que cometió tan horribles injusticias, creía en Dios, en la moral y en el derecho. Teniéndose, según dijo el convencional Bailleux, por «una criatura privilegiada, por un sér venido al mundo para regenerarlo y educarlo», entendió que debía consagrarse á fundar una sociedad purificada y libre. Por lo cual la historia sería injusta con él, como lo ha sido con otros, si le confundiese con esos ambiciosos sin fé, sin ideal, sin noción del deber, que sólo creen en la fatalidad, en lo que llaman «su estrella, que desprecian la especie humana y sacrifican en los campos de batalla generaciones enteras á la satisfacción de sus egoísmos y de sus caprichos. He aquí á lo que se limita todo lo bueno que se puede decir del tirano fracasado.

¿Qué habría sucedido caso de haber triunfado Robespierre? Pregunta es ésta que no puede tildarse de ociosa, en atención á que, habiendo sido el accidente el que decidió del resultado de la lucha y determinó el curso que han seguido los sucesos, procede y es instructivo averiguar cuál habría sido el rumbo de éstos si el accidente no hubiese sobrevenido. Pues bien, Robespierre triunfante habría destruido seguramente á todos sus adversarios y esclavizado á la Convención; mas no hubiese logrado nunca implantar en Francia aquel régimen de convenio democrático que Saint-Just le empujaba á llevar más allá de sus propias ideas. Un solo medio habría podido asegurarle temporalmente el poder,

medio incompatible con las aptitudes y gustos de Robespierre, pero que Saint-Just era capaz de concebir y de aplicar: arrojar la Francia armada sobre Europa, ir á vivir con la espada en la mano á expensas de los demás pueblos, porque Francia, con sus asignados depreciados y su comercio arruinado, no podía mantener por mucho tiempo sus catorce ejércitos en pie de guerra. Mas entonces, la dictadura del ideólogo Robespierre habría cedido el puesto á la de Saint-Just, hombre de acción y de combate, y en el supuesto de haber sobrevivido éste á todos los sucesos, tal vez no hubiese habido un Napoleón; porque así como éste ensayó un imperio romano, habría ensayado aquél una república romana, ó más bien, espartana, la cual, tan extraña á las necesidades y aspiraciones de Francia y de la Europa moderna como lo fué el imperio, se habría roto y más pronto aún de lo que este último se hundió.



## CAPÍTULO DUODÉCIMO

### Reacción Thermidoriana.

La Revolución francesa presenta dos fases, de acción y de reacción, de movimiento adelante y de movimiento atrás. La muerte de Robespierre separa estas dos fases, es el fin de la acción y el comienzo de la reacción. Hasta aquí hemos avanzado sin cesar, pasando de la Constituyente á la Legislativa, de la Legislativa á la Convención, de la Convención al Terror; ahora nos toca retroceder recorriendo cuatro grandes momentos, los thermidorianos, el Directorio, el Consulado y el Imperio. Mas no retrocederemos hasta el punto de partida, la monarquía absoluta, sino hasta un término nuevo, el término impuesto por la realidad social y que constituía el ideal de los grandes jefes de la Constituyente, la monarquía representativa. Este doble movimiento, de avance y de retroceso, que vemos en la Revolución francesa y que observaremos más adelante en las de otros pueblos, ha servido de fundamento á muchos para inducir que las sociedades están sujetas á la ley física de la acción y de la reacción. Pero la vida social es muy perpleja, para que con esa facilidad y sobre fase tan deleznable puedan formularse sus leyes. ¿No es más lógico pensar que se trata de un caso singular, excepcional tal vez, derivado del temperamento de los franceses en función con los antecedentes históricos de su Estado y de los factores que intervinieron en la producción y desarrollo de este acontecimiento? Para responder á esta pregunta, parémonos un instante á considerar la naturaleza de la Revolución francesa.

Fué causada fundamentalmente esta Revolución por el asombroso desarrollo de la actividad industrial y mercantil y por el admirable progreso científico, á partir del siglo